

LA INTERDISCIPLINARIDAD EN UN TEMA APASIONANTE





EXPERIENCIA Y LENGUAJE...

Estas Jornadas organizadas por la Secretaría de Investigación, el Departamento de Filosofía y el Departamento de Teología, trataron de propiciar un intento de diálogo a partir de los momentos iniciales en algunas disciplinas, tratando de descubrir los mecanismos de diversificación y especialización. Se tuvo en cuenta, como antecedente inmediato aunque más amplio y dentro de la Universidad del Salvador, las Jornadas sobre epistemología de las ciencias, realizadas en 1976.

El tema de las Jornadas Interdisciplinarias se centró en:

Experiencia y lenguaje desde la ciencia, la filosofía, la teología.

Presentación: Dr. Ernesto V. Serrano.

Coordinador General: Dr. Agustín T. de la Riega.

Expositores: Dr. Alberto Castells (Ciencia pura); Dra. Dina Picotti de Camera (Filosofía); R.P. Dr. Víctor Marangoni (Teología).

Atendiendo especialmente a las afinidades, las disparidades y los cuestionamientos mutuos.

El objetivo general de este primer ensayo fue despertar y canalizar *inquietudes de diálogo* interdisciplinario y propiciar ulteriores concretizaciones y ahondamientos, tan necesarios para la Universidad.

La estructura se ordenó proponiendo cuatro breves exposiciones iniciales que encuadraban el tema desde diverso ángulo, sus peculiaridades, sus fases de elaboración y progreso hasta constituir el discurso sistemático respectivo. Igualmente se incluyeron perspectivas y propuestas de diálogo o cuestionamiento a las restantes disciplinas. Se tuvo en cuenta que dichas exposiciones eran de carácter funcional, enderezadas a preparar y facilitar la *discusión y el diálogo* subsiguiente, por grupos, que elaboraron una pregunta, o un aporte aclaratorio, o una frase conclusiva. En la parte final se procedió al intercambio y síntesis.

Organizada por la Secretaría de Investigación, el Dpto. de Filosofía y el Dpto. de Teología.

Tema: Experiencia y lenguaje, desde la ciencia; la filosofía; la teología.

Afinidades, disparidades, cuestionamientos mutuos.



...DESDE LA CIENCIA PURA

Dr. Alberto Castells
Director del Instituto de Docencia
Investigación y extensión de
Ciencias Jurídicas

La Teología, la Filosofía y la Ciencia, integrantes de algún modo de la unidad del saber, pueden aspirar a conformar un conjunto de conceptos, de disciplinas, de conocimientos, y aún de vocaciones, estilos y comportamientos, de trascendente valor social. En la Universidad del Salvador, ésta es una hipótesis viable y constructiva.

En este encuentro, Experiencia y Lenguaje, la Ciencia en sus modalidades, pura y aplicada, está presente, fundamentalmente, en las disciplinas particulares de tan valioso conjunto de científicos y profesores. Por nuestra parte, y a título de apoyo propedéutico, me limitaré a presentar algunas reflexiones a partir de uno de los tantos variados núcleos de la ciencia en su modo aplicado: la constelación de las ciencias sociales y humanas.

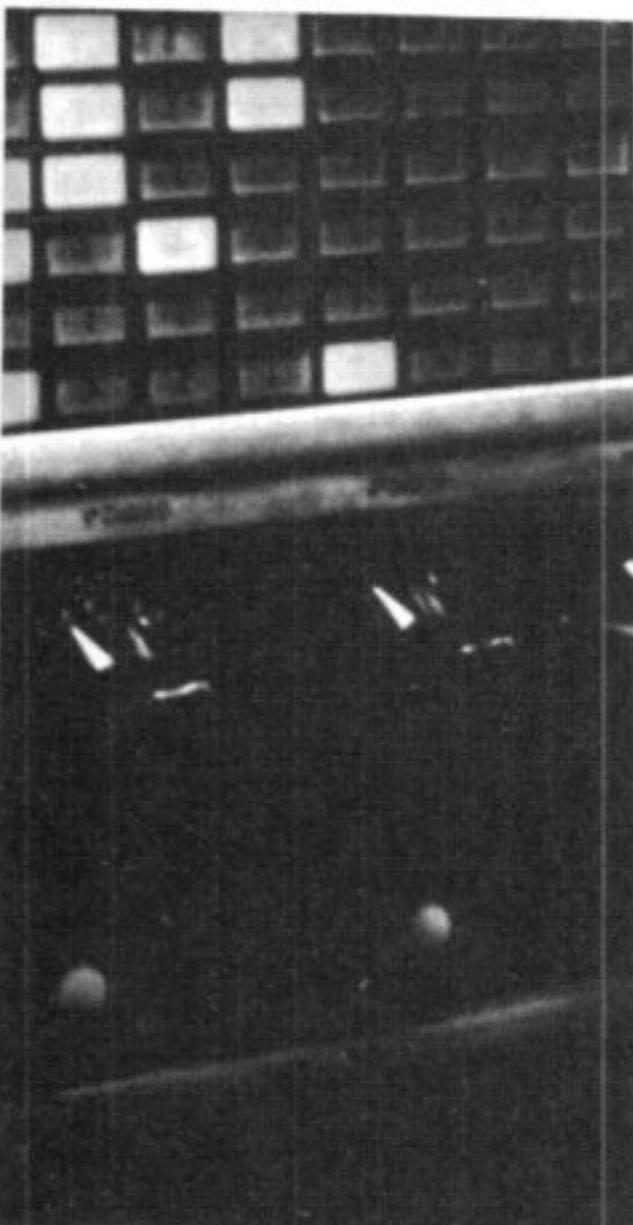
Reflexionar sobre el pensamiento, investigando una realidad del momento en que se vive, no ha sido nunca una tarea fácil. Durante mucho tiempo se tuvo la ilusión de que una sociedad estable y pacífica tenía resueltos todos sus problemas. Esta sociedad —que nos concierne— pudo consagrarse, de ahí en más, y en todos los sectores del saber, a perpetuar lo construido.

Puestos a reflexionar en conjunto sobre Experiencia y Lenguaje, y tomando como eje nuestra disciplina **Instituciones Políticas Fundamentales**, me limitaré a presentar comentarios breves, a nivel reflexivo, sobre tensiones peculiares a nuestra propia y personal experiencia cotidiana.

La tensión en la opción científica elegida

Las **Instituciones Políticas Fundamentales** conforman, en su nivel de reflexión, un núcleo científico situado en la frontera de tres dominios sustanciales implicados: lo social, lo político, lo jurídico, pero cuyos objetos materiales o formales adquieren, en nuestro estilo, fuerte connotación interdisciplinaria, al implicar los incontables componentes de la sociedad global.

Es fácilmente discernible, aún a nivel vulgar, que la Política y la Teoría Política, aún y a pesar de la relativa autonomía de su especie, es un saber práctico y un discurrir pragmático que "contamina" o unifica, implícita o explícitamente, todos y cada uno de los sectores de la acción, desde el hombre hasta la sociedad, desde la física nuclear hasta el arte abstracto... En fin, creo que aquí vivimos, en lo político unitivo, la experiencia de nuestro compromiso de adscripción a través de una ciencia desgarrada y frágil, fronteriza y cuestionada, sin poder influir demasiado en el mundo que deseamos ayudar a construir.



En la dialéctica del yo personal y del nosotros social se da una **tensión política estructural**, desde que nos debemos a la sociedad y no podemos sino trabajar por ella...

La tensión en el "modo" reflexivo

Nuestra ciencia con propiedades aplicadas pretende ser, como tantas otras, un saber de síntesis. El "modo" impuesto a la reflexión se sitúa necesariamente en el campo de la unidad del saber, esto es, en el apasionante dominio de las grandes cosmovisiones y de sus consecuentes concepciones políticas. Ciencia de síntesis y además **tensión de síntesis**, la reflexión es vivida como un desafío al investigador y un temple a su responsabilidad, desde que el conocimiento frágil se apoya en el riesgo de la aventura reflexiva en confrontación constante con los conocimientos recibidos y aceptados.

Lo político unitivo abre entonces un espacio llamado a formalizar alternativas creadoras y cosmovisiones nuevas que se construyen, inductiva o deductivamente, para una conciliación mejor de los componentes sociales. Lo político unitivo tiene entonces, en su visión de síntesis, una palabra que decir y una función que realizar. Todo ello implica también una tensión dramática en la coexistencia anárquica del saber plural, en la presencia sincrética de extraños maridajes, en la realidad contradictoria, en fin, de la vida cotidiana y de la acción.

La tensión en la definición de los conceptos

Cuando urgidos por la necesidad de identificar o describir conceptos básicos adosamos alguna noción de diccionario, nos anima la ilusión de que nuestro interlocutor quedará asertivo e impactado con la imagen y el efecto de mostración que le ofrecemos. Y nada concebimos tan alejado de la realidad. Personalmente me asalta, en estos casos, la angustia, reparadora por cierto, de estar viciando la sistematicidad lógica del discurso, cada vez que me asiento, por comodidad o por temor, en la sabiduría convencional de los conocimientos aceptados. ¡Qué experiencia tan vital! Y es la conciencia que parecemos tener de la

equivocidad de las palabras lo que nos incita a ser paradojalmente, precisos y delicados en los términos empleados. Y aunque parezca osado y vano pretender que la univocidad total está a nuestro alcance, tranquilizamos nuestro intelecto con el sucedáneo siempre relativo de los marcos contextuales explicativos, señalando los significantes elegidos o proyectando la mostración con que queremos convencer...

El pasaje o recorrido a través de algunas vivencias personales puede resultar una prueba asertiva de cuanto venimos reflexionando.

— Cuando en clase hablamos sobre la Constitución política, esto es la Constitución Nacional, por ej., tenemos la impresión de que la noción vulgarmente evocada es tan clara, como confusa resulta la idea en el plano conceptual. Y la puesta a punto del concepto, condicionado por mil factores, y en presencia de múltiples y complejas alternativas pedagógicas exige un recorrido previo, de no fácil comunicabilidad, tratando de aprehender y dominar la forma constitucional (lo "íónico" semiológico, en el lenguaje de los expertos); tratando, de captar lo ontológico constitucional (lo "indicial" semiológico...) tratando de interpretar lo significado por la constitución en su proyección histórica (lo "simbólico diacrónico" semiológico...).

— Cuando en algún trabajo nos referimos a la Democracia —noción tan comprometida en la coyuntura actual e histórica— advertimos su complejidad en la equivocidad ideológica (por su referencia a distintas concepciones implicadas); o constatamos la equivocidad sistemática (por la variedad de posibilidades lógicas); o bien percibimos su equivocidad histórica (por los marcos diacrónicos diversos); o bien visualizamos su equivocidad estructural (por ser un eje fundante de totalidades políticas diferentes), etc.

— Y si extendemos ahora nuestra visión al ángulo interdisciplinario y hacemos referencia a conceptos tales como "órgano" o "función", tan usados corrientemente en la comprensión de las Instituciones

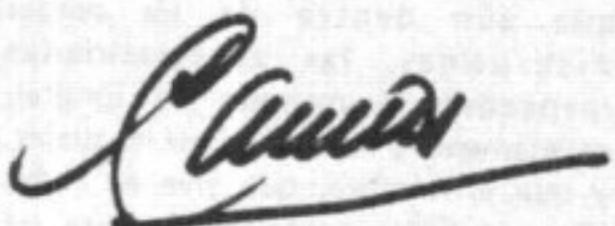
Políticas Fundamentales, también tenemos la impresión del tránsito salvaje y triturador de los conceptos que, por otra parte, son tan entitativos y significativos para cada una de las ciencias sustanciales. Pasamos a interrogarnos entonces, ¿qué es la "función" para la biología y la medicina; qué para la filosofía y la sociología qué para la física y la teología; qué para la política, el derecho, el arte y la vida cotidiana...? Se tendría la impresión de que cada ciencia, muchas veces alejada de la unidad del saber, parte de su propio significante para elaborar un discurso sistemático y ofrecer un efecto de "mostración interesada", sin percatarse de las variadas interpolaciones nacidas en su interioridad, y sin advertir las confusas extrapolaciones aceptadas desde la exterioridad a través de disciplinas homólogas o conexas. Como vemos no es tarea fácil normalizar un lenguaje, caótico y plural, en esta desesperanzada era tecnológica, con la consiguiente explicable inquietud y angustia para las mentes reflexivas.

Otros muchos y muy variados son los interrogantes que enriquecerían el coloquio semiológico, y que una reflexión sobre experiencia y lenguaje es capaz de suscitar. Pero, no me extenderé en esta primera ronda dejando el lugar a los expositores que seguirán y deseando comunicarme con el conjunto de profesores en este Encuentro. Sólo dejaré enunciadas y por supuesto abiertas al diálogo, dos tensiones básicas, o más bien, formulaciones surgidas de la interioridad del discurso sistemático y que ofrecemos ante todo a las ciencias sociales, pero también a la Teología y a la Filosofía, dentro de una concepción de Unidad del Saber:

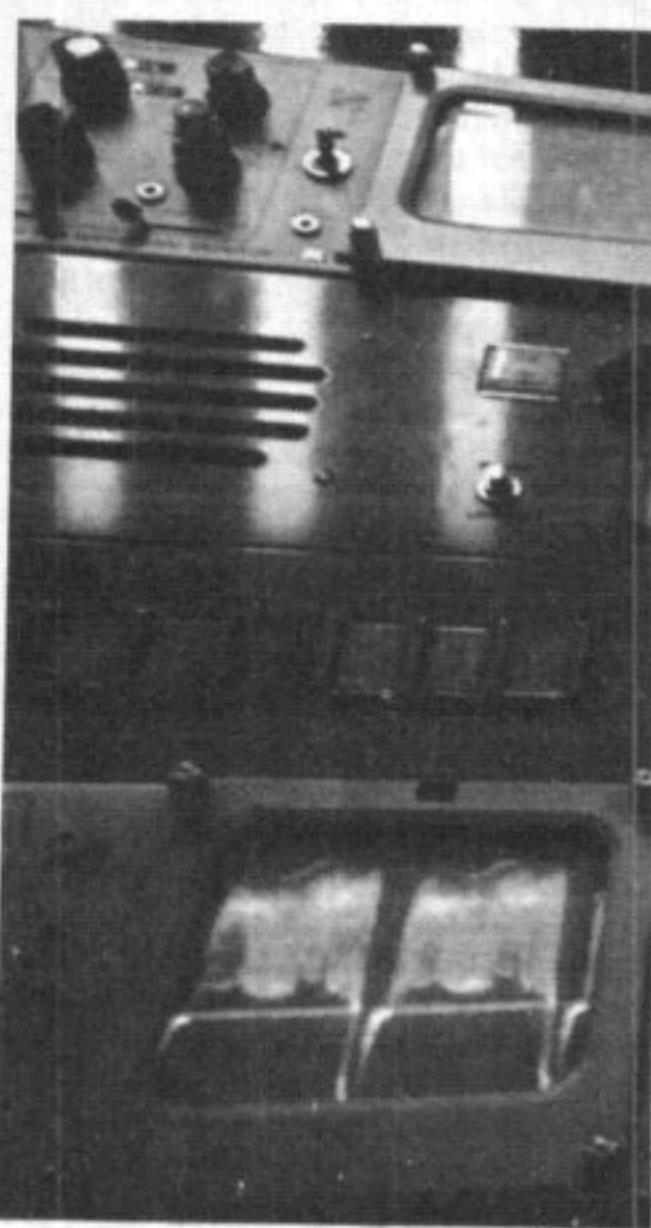
— ¿Percibimos con claridad, al menos en ciencias sociales y humanas, cuál es "el Problema" (con mayúsculas), sus causas y sus efectos, cada vez que describimos, evaluamos o proponemos? ; ¿Tenemos suficientemente en cuenta la correlación del problema con su inserción causal en la sociedad global?

— ¿Atendemos suficientemente, al menos en ciencias sociales y humanas, al marco teórico-real de las grandes formulaciones conceptuales unificadoras del saber y capaz de liberar una metodología inteligente, de la cual dependerá la rigurosa y significativa elaboración del discurso, así como la confiabilidad de los resultados prácticos?

Dos formulaciones, entonces, que podrían ser tenidas como un bien científico de alta estima, y que ponemos a consideración de este Encuentro de profesores.



(*) El Dr. Alberto Castells es Profesor Titular del Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad del Salvador; Profesor Titular de Historia Constitucional y Asociado de Derecho Constitucional en la Universidad del Salvador; Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, CONICET; Director del Instituto de Investigaciones y Extensión Científica, IDIE, de la Universidad del Salvador.



...DESDE LA FILOSOFIA

Prof. Dina V. Picotti de Cámara
(Departamento de Filosofía)

Esta Universidad nos ha congregado aquí, hoy para intentar, según lo expresa la invitación cursada, un diálogo interdisciplinario, superando el primer obstáculo de hallar un lenguaje común que favorezca la mutua comprensión para que pueda darse un verdadero diálogo. Esta es, sin duda alguna, la misión de la universidad que, según su sentido esencial de universitas, está destinada a abrigar y promover la investigación humana de la realidad a través de inevitables, distintos modos y accesos que, sin embargo, han de tener en cuenta la unidad del objetivo —la comprensión de la realidad— y la unidad del punto de partida y destino —el hombre— para no dislocarse y autodestruirse en esferas cerradas.

Es un hecho que tal diálogo interdisciplinario se encuentra más bien en estado de exigencia, que en la realidad. Si se da ello sucede de manera muy precaria, porque los diversos ramos y orientaciones históricas del saber humano se especializan y alejan tanto entre sí, hasta perder la conciencia de los otros, que aún dentro de las sendas disciplinas, las especialidades respectivas a menudo se ignoran mutuamente y no captan sus lenguajes, y que el hombre, que vive en todas ellas, se siente desorientado ante tal escisión. Es cierto que la especialización y el progreso de las ciencias ya no permiten la visión unitaria, que en la época de su nacimiento y primeros desarrollos ofrecía una actitud enciclopédica, pero no es menos cierto que el hombre, para ser tal, debe lograr la integración de sus diversos quehaceres en un sentido unitario.

El hombre, tal como se muestra a un análisis fenomenológico, y no al mero teorizar que fácilmente se aleja más o menos de la realidad, es experiencia. La singularidad de su ser aparece como siendo testigo de una realidad que se le va presentando y le va reclamando adecuadas respuestas.

Tales respuestas son su pensar, su lenguaje, su cultura, es decir su propio ser individual y comunitario que se va constituyendo como la respuesta de un diálogo iniciado por la realidad misma, como el esforzado peregrinaje en la búsqueda del sentido de esa realidad que en parte se le muestra, y en parte se le sustrae, y con la cual se siente llamado a una comunidad de vida que él mismo tiene que edificar penosamente.

Observando las respuestas humanas que se han dado de hecho, nos hallamos ante las diversas culturas de los pueblos, que responden cada uno a una experiencia propia y contribuyen de esta manera a la constitución de la historia común, no idéntica, de la humanidad en el universo.

Occidente, al cual nosotros en América Latina pertenecemos en parte, la otra está determinada por la herencia autóctona, constituye una indiscutida unidad cultural desde sus inicios griegos hasta su expansión actual por todo el mundo, a través de su ciencia y de su técnica. Estos dos fenómenos culturales básicos reconocen su origen en la "filos-sofía" —amor, esfuerzo por la sabiduría— palabra con que los griegos denominaron la actitud teórica iniciada por ellos alrededor del s. VII al pretender explicar las cosas, ya no como sus padres los mitólogos, sino interrogándolas a ellas mismas. Surge, así, lo que el pensador M. Heidegger llama actitud objetivante ante la realidad, el erigirse del hombre en sujeto para determinarla, categorizarla, que tendría su pleno desarrollo en la modernidad como el despliegue de la historia del subjetivismo hasta alcanzar su realización máxima en las filosofías de Hegel y Nietzsche que hacen de la razón, y la voluntad, el ser mismo de toda la realidad. Tal categorización es onto-teológica, es decir, se orienta hacia el ente como ente y hacia el máximo ente. De esta actitud objetivante, y de este planteo



metafísico, se originan las diversas ciencias, la diversificación de la episteme que los griegos referían sólo al ser inmóvil y que Occidente fue luego extendiendo también a lo que sólo era objeto de la doxa, la opinión, a lo móvil, —por ej. a lo histórico—.

En el s. XVII, Descartes hablaba todavía de la filosofía como de un árbol, cuyas raíces eran la metafísica, el tronco la física y las ramas las demás ciencias. Es decir, mientras éstas se van independizando con sus métodos y desarrollos propios, sin embargo, un mismo logos, una misma actitud, y categorizaciones metafísicas las sustentan.

Por ello, M. Heidegger calificó a la cultura occidental como modo de pensar metafísico. En el mismo destino se vio involucrada la teología cristiana: toda su historia, desde sus orígenes patrísticos hasta nuestros días, se desarrolló en general como el vertir del contenido bíblico en la conceptualización filosófica, no modificando sustancialmente, como advierte el mismo pensador, a pesar del distinto origen cultural de la fuente bíblica, hebrea, oriental, el logos de la cultura a la cual fue traspuesta. Ello fue de hecho así para todas las ciencias, a pesar de algunas actitudes antimetafísicas, el empirismo y positivismo, y los intentos metalógicos, que sin embargo se acreditaron como tales sin salirse del modo de pensar metafísico. Una suerte algo distinta corrieron las artes, tal vez porque su tipo de lenguaje escapa más a la conceptualización y ofrece una apertura mayor hacia otros modos posibles de pensar.

¿Cómo es entonces, que a pesar de esta comunidad básica de actitud y lenguaje, los respectivos saberes se diversifiquen tanto que ya no se comprendan, no sólo entre sí sino a veces entre cada una de sus respectivas especialidades, hasta llegar a constituir una suerte de sistemas cerrados? Tal vez el motivo se halle, por más sorpresivo que parezca, en la misma raíz que ofreció un origen común. Me refiero al modo de pensar griego, o metafísico, antes mencionado. Si bien surge con la plena conciencia de ser un modo determinado de pensar las cosas, una determinada actitud ante la realidad, tal como lo habían expresado

los primeros pensadores griegos, sin embargo, es un hecho que luego pierde tal conciencia y pretende erigirse en saber universal, tanto en la investigación ontológica de la filosofía como en la óntica de las ciencias, incluida la teología.

El contacto cada vez mayor y más intenso con otros pueblos que concretaron otros modos de pensar, no modificó tal pretensión; sus respectivos pensares y lenguajes fueron relegados al ámbito de lo folklórico y de la historia de las culturas, como mera constatación pero no como real posibilidad de intercambios pensantes, a pesar de los institutos de estudios orientales y americanos que florecen con gran dedicación y seriedad en muchas de las universidades europeas y estadounidenses. En nuestra universidad funciona también uno, pero creo que justamente aquí radica el mérito mayor de su fundador y actual director, en el intento de comparación y síntesis con modos de pensar distintos al nuestro que lo guía.

Sin embargo, el hombre es un ser extraño. Si por una parte siendo un ente particular, animal racional decía Aristóteles, es un ser determinado y finito, por otra, como también expresaba el mismo autor, su alma se hace de algún modo todas las cosas, es decir, tiene una apertura infinita referida a toda realidad posible porque en su esencia es comprensión de ser inteligencia. La conjunción de su finitud y de su apertura infinita hace que su vida sea la de un nostálgico peregrino del sentido total de la realidad. A una realidad que se le va mostrando históricamente va respondiendo, pero cada respuesta, que equivale a una realización, no agota su apertura, por ello permanece nostálgica su búsqueda, por eso permanece él, peregrino. Y tiene, evidentemente, conciencia de este desajuste esencial, esto es, siente nostalgia, por más que esté entregado, como le corresponde, a una determinada respuesta; por más que, como no le corresponde, se encierre en ella. Podemos dar ejemplos concretos dentro de la trayectoria histórica de nuestra cultura occidental; mientras por una parte, como se ha mencionado, su filosofía, su ciencia, su teología pretenden validez absoluta y

universal, por otra, por ej. en pleno s. XVII, junto a Descartes, busca la certeza absoluta y se maneja con las verdades de razón.

Pascal apela a otro tipo de comprensión, a las razones del corazón que la razón no entiende; en el s. XIX Bergson habla de una intuición de la vida, de un sintonizar con su mismo flujo, más allá de los conceptos siempre esquemáticos uniformes, inmóviles; más próximo a nosotros, M. Heidegger traza un panorama histórico de nuestra cultura, tal como se ha indicado, y reivindica, ante su acabamiento, la necesidad de iniciar otro modo de pensar, ya no objetivante, categorial, porque se ha de referir al ser mismo olvidado por la metafísica, sino, en actitud de "seriedad", es decir, de activa espera a la manifestación de aquél, que responda en un lenguaje ya no conceptual sino meramente indicador de lo que en sí es inefable.

En el campo de la teología cristiana, en el s. XIX, ante el dominio del pensamiento hegeliano donde la realidad equivalía a razón y sistema, S. Kierkegaard, filósofo y teólogo, se enfrenta a las verdades objetivas (por ej. de los enunciados teológicos), reclama una verdad subjetiva por la cual pueda vivir y morir, y apela a la fe en el absolutamente otro al hombre, en Dios, lo que equivale a la paradoja, el salto por encima de todas las razones humanas, temor y temblor, el riesgo absoluto.

En nuestros tiempos, el replanteo de la si llamada nueva teología recupera la concreción histórica y los distintos modos posibles de pensar lo divino. Las corrientes místicas de todas las épocas tuvieron conciencia de la necesidad de "callar" para dejar hablar una realidad que supera nuestras razones.

En el campo de las ciencias, podemos recordar a principios de siglo a Dilthey, que reclamaba desde las ciencias históricas una hermenéutica descubridora de sentido que trasciende la mera racionalidad; L. Wittgenstein, que habiendo sido padre del positivismo lógico, expresaba sin embargo, en su último período, que la filosofía pone a la vista las perplejidades en la que nos ha sumido el uso de los conceptos; científicos

creadores como A. Einstein y Heisenberg buscaron a través de sus replanteos un sentido de la realidad más profundo que el ofrecido por las sistematizaciones racionales.

Es decir, el pensamiento humano, su lenguaje, es una respuesta histórica del hombre a una realidad que se le va manifestando; ninguna de sus etapas, y dentro de ellas, ninguno de sus diversos accesos por ej. en nuestro caso el filosófico, científico, teológico, artístico en Occidente, pueden considerarse absolutos. Tienen por cierto validez universal, pero no entendida unívocamente sino análogamente como realizaciones desde un hombre de aquí y ahora cual contributo a la comunidad humana, que sólo podrá sobrevivir como tal en diálogo de culturas mutuamente aprovechables.

Y dentro de una misma cultura, en este caso occidental, cada uno de los accesos mencionados por cumplir sólo un determinado rol, requiere del otro para responder a toda la apertura del hombre: se requiere la filosofía en cuanto ella se ocupa del sentido fundante; la ciencia, en cuanto a través de sus diversas especialidades nos ofrece una primera explicación de la realidad en la multitud varia de sus problemas; la teología, en cuanto a partir de una fuente religiosa histórica, piensa a la realidad máxima; el arte que, situado en el mismo nivel de comprensión básico de la filosofía y la religión, presenta, en la imagen sensible, de gran y tal vez mayor poder evocador que la palabra del pensador y seguramente que el concepto del pensador filosófico, esa comprensión de la realidad: al decir de Hölderlin, acoge los signos del cielo, al cual se halla expuesto el artista con la cabeza desnuda y los entrega a los demás hombres como un profeta que anuncia el sentido de la realidad que se está viviendo.

Y al decir de un poeta nuestro, J. L. Borges, en "Browning" resuelve ser poeta

Como los alquimistas
que buscaron la piedra filosofal
en el azogue fugitivo
haré que las comunes palabras
— naipes marcados del tahur, moneda
de la plebe —

rindan la magia que fue suya
cuando Thor era numen y el estrépito
el trueno y la plegaria.
En el dialecto de hoy
diré a mi vez las cosas eternas...



...DESDE LA TEOLOGIA

Dr. Víctor O. Marangoni S.J.

1. Trataremos de explicitar el sentido de la teología como disciplina, en primer lugar, para después detenernos en su punto de partida, sus fases de elaboración, sus cuestionamientos. Todo ello con particular atención al lenguaje teológico.

2. Teología

No es fácil hoy definir con precisión una disciplina que se pretenda científica, y menos aún tratándose de la Teología. Hasta su carácter de 'ciencia' se pone en cuestión. Ya casi nadie acepta una definición manualística al estilo de la que sigue:

"Teología es la ciencia que mediante la luz de la razón y de la Revelación divina trata de Dios y de las criaturas en relación con Dios. Esta es la Teología sobrenatural, que implica la Revelación por parte de Dios y la Fe por parte del hombre, y lo considera todo a la luz de la Divinidad, que es el objeto formal de esta disciplina... La Teología parte de principios fundamentales tomados sin discusión (!) de las fuentes de la Revelación y analizándolos y confrontándolos con los principios de la razón desarrolla toda su fecundidad en conclusiones llamadas teológicas. La Teología, por lo tanto, tiene carácter de verdadera ciencia, derivada de la ciencia misma de Dios, de la que es como una irradiación". (P. Parente, Dicc. de Teología Dogmática).

3. Dimensiones del quehacer teológico

Modernamente se prefiere hablar con más modestia, y, entre las variadas expresiones de los teólogos, elegimos la que suele distinguir tres dimensiones

en el quehacer Teológico, que sin duda no han de entenderse como compartimentos estancos:

1. Teología como Sabiduría (dimensión sapiencial)
2. Teología como Reflexión Crítica sobre la realidad (dimensión crítica).
3. Teología como conocimiento metódico y sistemático (dimensión científica)

Todo esto siempre a la luz de la Fe, y orientado al servicio del Pueblo de Dios. Con esto estamos apuntando a elementos esenciales para la caracterización de la Teología como disciplina peculiar.

La siguiente definición, más bien descriptiva, puede acercarnos más a un planteo adecuado: Teología es "la escucha expresamente esforzada del hombre creyente a la revelación verdadera de Dios, históricamente acontecida. De otro modo: es el esfuerzo científicamente metódico por conocer dicha revelación, y el desarrollo reflejo del objeto de ese conocimiento (cf. Rahner-Vorgrimler, Diccionario Teológico, col. 720 s.).

Es obvio que por este lado, y teniendo en cuenta las sistematizaciones más o menos logradas, podemos hablar de la Teología como ciencia. Dejemos sentado, sin embargo, que aún este planteo tampoco parece aceptable para algunos teólogos por encontrarlo científicamente: preferirían hablar de la Teología como "arte narrativo crítico de la fe".

4. El punto de partida

Pero volvamos a la anterior definición, y procuremos apuntar allí cuál es el correspondiente punto de partida para la elaboración teológica. Estamos hablando desde presupuestos cristianos. En el comienzo está entonces la experiencia de una revelación 'históricamente acontecida' —la revelación judeocristiana—, y la experiencia de la Fe, como respuesta personal a dicha Revelación: todo ello vivo y transmitido en la comunidad de creyentes, con palabras humanas y reflexión humana, aunque inspiradas y asumidas por Dios para comunicarse al hombre. Y esto de una manera tan real, profunda y misteriosa que, en

frase de San Juan, "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros". Pero atendiendo a lo que formulábamos arriba, algún autor titulaba hace varios años su libro: "La Biblia, Palabra humana y mensaje de Dios".

De aquí en más comienza el arduo camino de la elaboración y expresión teológica, es decir, de "la fe que busca entender" y, como añade Agustín, "del entendimiento que busca la fe". En cuanto a los pasos sucesivos, es problemático que podamos establecerlos con claridad: si hay dificultad para delimitar el actuar de Dios y del hombre en esa experiencia inicial, también encontramos dificultad para señalar límites entre un conocimiento por la Fe precientífico, y el conocimiento metódico y científico de la disciplina teológica.

Por un lado, el 'creyente' que se esfuerza en escuchar la Palabra, es un hombre con experiencia profana, históricamente condicionada, que en su escucha y comprensión de la palabra pone en juego sus conocimientos y métodos profanos: esto da como resultado que la elaboración teológica resultante deba confrontar siempre el mensaje con la cosmovisión de cada hombre y cada época, sin dejarse atrapar por las falsas claridades, ni subordinarse al saber intramundano del hombre. Estamos aludiendo a la historicidad del mismo conocimiento teológico, y a los peligros reales de la ideologización de la Teología (y correlativamente del mensaje).

Por otro lado, lo que puede liberar a la Teología de estos peligros, es el no dejarla convertir en una ciencia puramente "teórica" (es decir, "ciencia pura" o "Teología pura"), en la que no se participe existencialmente. Igualmente, la conciencia crítica del desnivel entre la afirmación y lo afirmado, entre lo captado, y el misterio que hay que captar, debe llevarla siempre a confrontar su expresión con la experiencia y con la historia de su formulación: "el recurso a su propia historia es un momento intrínseco a la misma teología sistemática", pero esto al servicio de la intelección de lo revelado, no por meras curiosidades históricas. Más abajo diremos algo sobre los enunciados dogmáticos.

5. Teología y Palabra

En primer lugar hay que observar que la Teología usa el término 'palabra' en múltiples sentidos, a partir de su mismo nombre, e.d., Teología, palabra o discurso sobre Dios, como podemos simplificar etimológicamente. Pero más frecuente y específicamente, encontraremos que la Teología se refiere a la 'Palabra de Dios' como una referencia obligada en su proceso reflexivo. Subrayemos aquí que aún en este sentido se tiene que distinguir la Palabra de Dios escrita o Sagrada Escritura, que contienen los enunciados originales fundantes, norma objetiva primariamente para la conciencia de fe de la Iglesia universal y para el ministerio eclesiástico docente; y la Palabra de Dios proclamada, fielmente interpretada y vivida en la Iglesia.

En la última frase aludimos ya a la palabra de la Iglesia y en la Iglesia, y nos acercamos así a la Palabra Teológica propiamente dicha. Distinguiremos entonces diversos momentos: 1) enunciados de la Iglesia en su ministerio docente (Magisterio), sea en las múltiples maneras que asume la proclamación ordinaria, sea en los momentos especiales de la proclamación extraordinaria, v. gr. los Concilios; 2) la palabra de los intérpretes o exégetas de la S.E., que pueden sistematizar sus aportes en la Teología Bíblica; 3) la palabra dogmática meramente privada de los teólogos, que en su quehacer específico han de reconocer como momento intrínseco la confrontación de sus enunciados con la Palabra del Magisterio.

En todos estos momentos debe darse una interrelación fluida para que se realice una mutua compenetración, mutuo apoyo, en el perenne esfuerzo de ahondar en el mensaje divino para el servicio del Pueblo de Dios.

6. Teología y enunciados dogmáticos

Los enunciados dogmáticos son los que plasman las afirmaciones teológicas y pretenden expresar el saber de la Iglesia, respectivamente del teólogo, sobre el objeto propio de la Teología.

En cuanto enunciados, no pueden desentenderse de las exigencias propias



de los enunciados del lenguaje humano: relación con el que declara, historicidad de los elementos conceptuales, ensamblaje con un complejo histórico-social, géneros literarios, comunidad no refleja entre el oyente y el hablante —a fin de que sea posible el entendimiento—, etc.

Pero igualmente tenemos que preguntarnos entonces si un enunciado dogmático está expuesto a los peligros de todo enunciado humano: apresuramiento, presuntuosidad, equívocos, ambigüedades, indiscreción.

La respuesta afirmativa está exemplificada históricamente por los enunciados heréticos, y por las intervenciones de la Iglesia docente para salir al paso de esas ambigüedades, abusos, indiscreciones.

Por otro lado es cierto que un enunciado dogmático quiere ser un enunciado verdadero, remite a un determinado contenido objetivo. Pero este objeto no es sin más el que corresponde a una experiencia inmediatamente sensible, ni simplemente a la propia experiencia espiritual del que los formula. Recurriendo al símbolo y a la analogía, alude al objeto al mismo tiempo que a su posible superación por la trascendencia y la negatividad. Lo cual no significa que logre formular adecuada y exhaustivamente su propio objeto, las verdades reveladas por Dios y conocidas a través de la Fe. Ya que la Teología, "como ciencia que nace de la fe y que se desarrolla en el ámbito de la fe, asume el discurrir de la razón y los datos de las culturas para comprender mejor el propio objeto" ("La Formación Teológica de los futuros Sacerdotes" II, 1, 3); pero el enunciado dogmático en sentido estricto "es sólo un llevar adelante, un desarrollar esa reflexión fundamental subjetiva, que sucede dentro del escuchar la Palabra de Dios meramente obediente, por tanto en la fe en cuanto tal... por lo tanto, ni la reflexión dogmática, ni su enunciado pueden jamás desligarse enteramente de ese origen del que proceden, de la fe misma" (K. Rahner, ¿Qué es un enunciado dogmático? en *Escritos de Teología* V, p. 61). Vale decir, en lenguaje del Concilio Vaticano I, que los misterios divinos, "... aún

enseñados por revelación y aceptados por la fe, siguen no obstante encubiertos por el velo de la misma fe y envueltos de cierta oscuridad en esta vida mortal..." (Dz. 1976).

Hay que tener presente además que el enunciado dogmático es un enunciado eclesial: esto significa que la teología "en tanto y en cuanto se distingue del mensaje original y de la fe sencilla, surge precisamente porque hay Iglesia... ha de creerse en la Iglesia, desde la Iglesia y hacia la Iglesia..." (Rahner, *ibid.* p. 66-67). Esto implica también una regulación comunitaria y terminológica de lenguaje, que lleva a una cierta fijación terminológica explícita o implícita en toda intervención doctrinal de la Iglesia. Pero aquí se ponen en evidencia, con mayor fuerza aún, las limitaciones de este lenguaje teológico: por un lado, la "misteriosidad" del objeto al cual apunta, de plenitud inabarcable; por otro, una terminología limitada, históricamente condicionada, por más que el ministerio docente de la Iglesia guíe en parte el proceso histórico de la terminología.

De todo lo expuesto se sigue que la sistematización de los enunciados dogmáticos, y aún cada enunciado teológico, se mueve dentro del misterio. Aquí es donde San Agustín nos caracteriza la auténtica actitud del Teólogo: "se busca para encontrar y se encuentra para seguir buscando; se busca para encontrar dulcemente y se encuentra para buscar más ávidamente".

Algunas preguntas en orden al diálogo con la ciencia y la Filosofía

1. ¿La ciencia actual —y la filosofía— tiene conciencia de su carácter parcial y tentativo?

2. ¿La comprobada provisoriaidad de sus hipótesis, no la puede llevar a un escepticismo total?

3. ¿Cómo hacer patente en ambos casos, su carácter de saber histórico (históricamente condicionado, parcial, evolutivo, perfectivo), sin caer en un craso relativismo?

4. ¿Son realizables la ciencia "pura", o la ciencia "neutra"...

5. ¿Las crisis de la Filosofía (por

los fracasos de totalización intentada) no la han llevado al borde del descreimiento y de la negatividad total?

6. ¿No se ha dejado llevar, al menos en parte considerable por criterios del positivismo científico?

7. ¿En qué medida la filosofía —y la ciencia— ha de estar abierta a lo trascendente sin desvirtuar su especificidad?

R. P. Víctor Marangoni (S. J.).

El Padre Víctor Marangoni se licenció en Filosofía, en las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel.

Egresó de la Universidad Gregoriana de Roma, con el título de Doctor en Teología.

Es actualmente Vice-rector de formación en la Universidad del Salvador.

Ejerce la docencia en las distintas Facultades de la Universidad del Salvador, (Facultad de Historia y Letras y Fac. de Teología).



CONCLUSIONES DE LOS GRUPOS

Grupo 1

Lo que a continuación se expone no es nada más que la breve conclusión, unida a numerosos interrogantes, a la que arribó nuestro grupo de discusión. Corresponde a las jornadas realizadas en el "auditorium" de la facultad de Derecho en Junio pasado.

— ¿Por qué plantear el problema en términos de lenguaje y experiencia? ¿Por qué es tan importante el lenguaje, al tratar el tema de las relaciones entre Teología, Filosofía y Ciencia?

— Es necesario enfatizar el término "realidad", como una preocupación efectiva y en acto; puesto que sino parece que el objeto de la búsqueda es una clasificación de las ciencias y no la posibilidad de diálogo entre los tres ámbitos.

— Para tener en claro el objeto de la búsqueda, es preciso distinguir entre dos posibles direcciones de la misma: una puede ser "¿qué nos proponemos al hacer ciencia?", y otra muy distinta "lo que es la ciencia misma".

— Ubicarse en la perspectiva que no considera finalidad o historicidad en la ciencia, es ya cerrar el camino posible a una comunicación, porque sólo en su 'hacerse' es dado hablar de una relación a través de la experiencia. Lo que nos ocupa es el encuentro con un "logos" común.

— Se está hablando de tres problemas distintos con tres finalidades: si se los puede reunir desde un punto de vista discursivo, totalizador; o desde la experiencia. Desde el primero, podemos buscar cuál es la estructura común a esos tres tipos de discurso. Pero la dificultad es que se cae en un nuevo discurso.

— La unificación aconteció por obra de la filosofía, por obra de una fe común.

— ¿Por obra de una razón común o de una fe en la razón?, porque si es desde una fe común es necesario buscar ese principio unificador de lo humano y del conocimiento, en una razón que no sería precisamente la tradicional.

— ¿Qué nos puede unir? ¿la ciencia desde la ciencia misma, o algo que trascienda la ciencia?

— Nos hemos planteado el problema desde la ciencia misma.

— Es importante buscar la posibilidad de retraducción de lenguajes diversos a uno común, aún corriendo el riesgo de caer en un nuevo tipo de lenguaje discursivo.

Grupo 2

Conclusiones Particulares

1. El lenguaje es siempre producto de una experiencia pensada.

2. No existe un lenguaje común a todos nosotros: docentes, teólogos, científicos, pero tampoco a nosotros como docentes.

3. Antes que docentes, teólogos o científicos, debemos recordar que somos sujetos pensantes.

Cuatro interrogantes

1. Como docentes, teólogos o científicos ¿logramos cumplir con nuestra misión de formación de seres pensantes y la de orientación, por lo tanto, de la libertad de los alumnos?

2. Si dichos objetivos no están logrados satisfactoriamente ¿no será porque no existe un pensamiento común dentro de un legítimo pluralismo?

3. ¿En nuestra tarea en la Universidad, transmitimos "conceptos" recibidos o "creamos" pensando desde realidades concretas?

4. ¿No debemos aprender a encaminarnos hacia un criterio del pensar que sea No recubrir la realidad que vivimos con fórmulas, sino dejar que en nosotros y a través de nosotros, se exprese lo que quiere expresarse, esto es la Argentina y la Humanidad que en ella palpita?

Dos conclusiones generales

1. Hay que determinar una UNIDAD DE CRITERIO trasmisible del "pensar".

2. Debemos "pensar" y "pensarnos" como docentes, teólogos o científicos, pero como argentinos y cristianos que somos.

Grupo 3

a. Se coincidió, en términos generales, en la importancia de la significación, a propósito del lenguaje. Este, por otra parte, aunque responde a distintas actitudes interiores en el mundo, y a distintos puntos de vista, podía encontrar un punto de contacto común a todos éstos partiendo del ser humano.

b. Concretamente se trataron coincidencias entre filosofía, arte dramático, publicidad y ciertas técnicas educativas, en algunos aspectos no secundarios.

c. Se debatió la afirmación, hecha en una de las exposiciones iniciales, de que 'la filosofía sustentó el campo de comprensión para las artes'. Se llegó a la conclusión de que todo Occidente ha sido marcado por una filosofía que impregnó profundamente sus estructuras y modos de pensar, influyendo en la vida cultural, y por ende artística. Esto no implica, en modo alguno, dependencia de la filosofía en el quehacer artístico.

d. Se tocaron situaciones concretas en la docencia de la Universidad del Salvador, y respecto a la Teología y la Filosofía se señaló particularmente:

— que se sentía la necesidad de que hubiese una adaptación de estas disciplinas a cada carrera.

— que se atendiera más a la selección de los contenidos, capaces de sustentar, en algún sentido, el espíritu de las diversas carreras, en su especificidad.

— en cuanto al modo, que se busque un lenguaje adaptado a las modalidades peculiares y específicas de cada carrera, en su carácter, hábitos mentales, actitudes interiores, etc.

ILLVSTRISIMO,
Nobilissimoque Viro D.D.

LEONI
POTIER
DE GESVRES,
ABBATI
ac Domino Bernaicensi.

RODIT in lucem Opus
illustre (Abbas Illustriſſi-
me) & poſtequam in um-
brā ſcholarum tuum domeſti-
carum tuum alienarum diu refuſit. nunc
primum caput ampliori lucere plen-
dere, & majori in Theatro proponere.
Noviſi de fama Authorem operu. Quia
enim in Academiam Parisiensi, ex quā
maximè proſluunt ad hominum exi-
tationem, quicunque profanunt; quis
ā iij